

cosas. Lo primero que aquí proponen tan divinas palabras, es el sublime estado que el Sacerdocio obtenia en aquellas felicisimas edades, pues la púrpura de la Magestad se engrandecia con la pureza de la Estola. Lo segundo: que aquel racional Oráculo de la edad dorada le tributó con reverente obsequio la décima parte del cúmulo de sus bienes, tratándole como á superior. Si era Abraham tan poderoso Príncipe y tan valiente, que empezaba á celebrar sus triunfos la victoria de cinco vencidos Reyes, y venera tanto al Sacerdote Melchisedec; un vil gusanillo y pecador ¿con quanta veneracion debe mirar á estos Ministros?

Debe notarse que los Gentiles, con ser bárbaros, tambien tuvieron gran respeto al Sacerdocio de sus falsos Dioses, pues (*Haye in Exod. 2.*) los Egipcios tenían por costumbre que fuese Rey el Sacerdote de sus ídolos; y no admitian estos á ninguno á la magestad de Rey, si primero no fuese el mas sábio de los Sacerdotes. Duró mucho esta costumbre en Egipto, y los Lacédemonios la observaron. San Isidoro (*lib. Ethim.*) afirma, que los Romanos tambien la executaron. Pues el determinar estos Gentiles que no empuñase el cetro quien primero no hubiese incensado las Aras, ¿que otra cosa es, sino manifestar la mayor veneracion en el Sacerdocio, y que le faltaba á la Magestad esta dignidad que la engrandeciese? ¿Quien sino la luz natural enseñaba á estos, que los Ministros de aquellas mentidas deidades debian ser objeto venerable de su mayor respeto? Pues quien es ilustrado con la luz del Evangelio, que distingue entre estos profanos errores los sagrados aciertos; ¿podrá no dedicarse á dar á Dios el mas continuo y reverente obsequio, venerando á sus Ministros?

No bastó á aquietar el ánimo de los Gentiles esta veneracion, pues la mayor potestad la vincularon en ellos, como erigiéndola á la virtud. Era tanta la autoridad de los Sacerdotes Egipcios, (*Mend. I. Reg. lib.*

